

DEL PAIS

EL ORIGEN DE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

Formando parte de un artículo intitulado "Sobre el Horizonte de la Historia", y en nuestro número correspondiente a enero del año en curso (tomo III, página 286), apareció una breve nota sobre la discutida cuestión del origen de las civilizaciones precolombinas de nuestro continente y las influencias ultramarinas que pudieron afectarlas en su desenvolvimiento. Dicha nota ha sido motivo de interesante comunicación que se ha servido dirigirnos el conocido experto profesor don Enrique Juan Palacios, arqueólogo de la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Educación Pública y Bellas Artes. Aunque el criterio del señor Palacios no difiere en forma sensible del que se sustenta en la expresada nota, la comunicación a que ahora nos referimos, dada la procedencia de la misma y el sector tan importante que cubre, seguramente interesará a nuestros lectores. Dice así el profesor Palacios:

"Si existe manifestación o modalidad de los aspectos intelectuales de la civilización, que permita desvincular la obra de América de creaciones mentales con antecedentes en el Viejo Mundo, es, como es sabido, la gran concepción del calendario aborígen. Tan poderosos rasgos de originalidad ofrece el sistema americano—ulmeca-tolteca o maya, podríamos decirle con más entera propiedad—de la medida del tiempo, virtualidades tan privativas, características a tal extremo *sui generis*, que, si la totalidad del problema del origen del hombre de América no se resuelve ni podría solucio-

narse con sólo este contingente—ya que lo excede en profundidad y latitud, esto es, en tiempo y en espacio—, cuando menos, en ese parcial aspecto de las cosas, la victoria está asegurada de parte de los que proclaman la naturaleza autóctona, no del hombre, pero sí de las altas culturas americanas. Aquí, en concreto, diremos de las culturas que magníficamente se desarrollaron en el escenario del territorio de México y la América ístmica.

"Tanto más me aferraré y debo aferrarme a las evidencias aportadas por el estudio de tan admirable producto mental de nuestros ancestros, cuanto que, no hay ponderación en repetirlo, trátase de la creación máxima, el supremo exponente de la mentalidad americana precolombina, en grado que ni de lejos otros pudieran parangonarsele. Ya ahora, difundidas las obras de Martínez Hernández, Teeple, Bowditch Goodman y Spinden—para sólo citar algunos de sus analistas—, nadie encuentra exageración en considerar el calendario maya como una elaboración intelectual de altísimo rango, más perfecta que cualquiera otra de las muchas a ese respecto forjadas por el pensamiento del hombre, en cualquiera región del orbe.

"Sin entrar en detalles, basta considerar que supone una aritmética de valores de posición, con intervención de un elemento equivalente al cero, inventada al menos un milenio antes que su equivalente jugara en los cálculos de los árabes; un sistema notacional de irreprochable funcionamiento y mecanismo; un registro basado en una era o punto fijo de partida, que impide absolutamente la confusión de los elementos comportados, en forma

idéntica a la del cálculo del día juliano, de los astrónomos modernos, y una estimación del valor del año trópico, que ligeramente mejora el cálculo gregoriano. Junto todo esto con previsiones eclípticas, medidas de la lunación y registros de configuraciones planetarias, realizados con finura sorprendente, que apenas por milésimos discrepan—y en esto no hay asomo de hipérbole—de las modernas computaciones.

“Mas lo que sobre todo viene a cuento es la originalidad resaltante del artificio ideado por los indígenas para elaborar y registrar sus observaciones astronómicas, combinándolas con su sistema notacional. Me refiero al artificio del Tonalámatl, mecanismo básico de la combinación entera. Agregaré la sucesión de katunes y de tunes, y su prodigioso entrelace con el ciclo solar.

“Aquí es donde reside la originalidad indiscutible del sistema, y donde fracasan los pesquisadores de lejanos nexos y remotos antecedentes, búsqueseles en Cambodgia, India, China, Sumeria, los bordes del Egeo, Egipto o donde se quiera. Siempre habrá que reconocer el carácter propio de la concepción, junto con su portentoso ingenio.

“Si el problema se redujese a una suma mayor de perspicacia, a un conjunto más esmerado de pacientes observaciones de la marcha de los cuerpos celestes—en otros términos, si la diferencia a discutir fuese cuestión cuantitativa, y eso solamente—, nada habría que objetar a las posibilidades de uno o varios antecedentes en el Viejo Mundo, del cómputo ulmeca-maya del tiempo, aun cuando con ello se desacreditase un tanto el vetusto dogma de la pretendida inferioridad del hombre americano precolombino, también puesto en tela de juicio recientemente, en lo que a ciertas nobles industrias concierne, con los hallazgos de preciosos artefactos de oro de Monte Albán, más perfectos sin comparación que sus similares de la prehistoria europea.

“Pareceme, con todo, que la distin-

ción es netamente cualitativa. Orgánicamente la estimación indígena del año ($18 \times 20 + 5$) difiere de los sistemas asiáticos y europeos, en su mayoría concebidos según la fórmula $12 \times 30 + 5$. Pero, sobre todo, la computación básica, pivote de todo el sistema, a saber: el artificio y las combinaciones de la fórmula 13×20 , aplicada a la totalidad de la concepción (años, siglos, grandes períodos, etc.), y que, mediante múltiplos de sorprendentes propiedades—pues que aun las recurrencias eclípticas perfectamente engloban—, se ajusta a tales períodos con exactitud pasmosa... entraña tal originalidad, repetiré, dicho artificio, que cabe resueltamente declararlo con orgullo el timbre más precioso y alto de la mentalidad americana anterior a la conquista.

“Poco importa, en este cuento, lo que hayan creado los ulmecas o los mayas. ¿Dónde pudiera reconocerse artificio semejante? ¿Dónde una elaboración así, científica, igualmente ingeniosa? A la verdad, si nos empeñamos en rastrear fuera sus orígenes, ya que, entre otros de sus sugestivos rasgos, surge desde sus comienzos perfecto, desde las más antiguas inscripciones, como Uaxactun, la placa de Leyden, la estatuilla de Tuxtla, etc., surge todo armado, como Palas de la cabeza de Zeus, a la verdad habría que pensar en el mito de la desaparecida Atlántida, y atribuir a sus ignotos pobladores ese producto cerebral tan noble, tan misterioso, tan raro.

“Fuera eso divagar, empero, en el estado presente de la ciencia cuando menos, ya que hállanse contestes los geólogos en que la Atlántida existió... ¡pero en los tiempos del terciario! Prefiramos, por tanto, acaso más modesta, pero más orgullosamente también, adjudicar tan alta creación a un genio aborigen de la floresta tropical; al gran pensador anterior a Jesucristo, que supone Spinden, a Quetzalcoatl mismo—si queremos convenir con la leyenda—, a quien quiera fuese, en último análisis, pero dentro de los términos que limitan las ondas azules del

Golfo Mexicano y las cúspides plateadas de los volcanes de Anáhuac.

"Por lo expuesto, se verá el arraigo que en mí puede tener la teoría del autoctonismo de las culturas de América, sobre todo en este fundamental aspecto. Aquí si conviene la famosa fórmula: "América para los americanos."

"Convengo, sin embargo, que si en esto, el producto supremo de la mentalidad aborígen, la victoria está con los antidifusionistas, en lo restante el problema sólo retrocede en tiempo, retrotrayendo la cuestión a más lejanas épocas.

"Autóctona la cultura creadora del calendario, como queda dicho, no se reduce a eso la discusión, pues persisten posibilidades de difusionismo procedentes del Viejo Mundo en otros aspectos culturales y, sobre todo, en tiempos más remotos.

"Desde luego, parece resuelto el paso de la especie humana del Mundo Antiguo a América; pero ocurriendo ello en el horizonte neolítico y neolítico inferior, antes del desarrollo de la agricultura (Spinden). Yo estoy con esa tesis, sin descartar posibilidades de corrientes migratorias mucho más recientes, al modo como aquellas que Imbelloni infiere de las analogías léxicas y gramaticales por él señaladas entre idiomas de California y la Melanesio-Polinesia.

"Pero no creo deba concedérseles demasiada influencia cultural a tales posibilidades. A despecho de mi franca admiración por el profesor Rivet, y sin dejar de reconocer un aspecto de curiosidades en varias de las semejanzas de productos, ora mentales o materiales, por el sabio francés señaladas entre los polinesios y los habitantes de comarcas americanas, confieso que no me hacen mucha impresión en el sentido de considerar a las fuerzas que a dichos productos engendraron, como motores poderosos de las culturas del Nuevo Mundo. Prefiero explicar tales analogías, en buena parte al menos, como efectos de la "convergencia". En presencia de necesidades

similares, y ante las sollicitaciones de ambientes geográficos parecidos, el espíritu humano reacciona en forma semejante. Máxime atendiendo a la uniformidad presupuesta del nivel cultural con que el hombre efectuó su arribo al Nuevo Mundo, a saber: la mentalidad correspondiente al horizonte neolítico.

"Que en épocas diversas, probablemente recientes en algunos casos, llegaron a América corrientes migratorias de diverso origen y en especial de la Melanesio-Polinesia, no cabría negarse a la vista de los vocabularios expuestos por los sabios señores Rivet, Imbelloni y sus colaboradores. ¿Pero qué influencia alcanzaron tales aportaciones, aisladas y restringidas a lo que parece, en las altas culturas de esta parte del planeta? Apenas creo percibir las, reconociendo, en cambio, en ellas—la cultura—una fisonomía tan original como inconfundible en las características fundamentales.

"Si la mayoría de los idiomas de América no ofrecen parentesco definido con los del Antiguo Mundo; si el indio americano, en su generalidad, posee ciertas características antropológicas (sección especial del cabello, etc. Hrdlicka); si el desarrollo fundamental de la agricultura, en uno y otro continentes, la domesticidad de plantas de alto valor nutritivo, prodúcese a lo largo de cauces intrínsecamente diversos; allá, reduciendo a especies cultivadas el trigo y el arroz; aquí, el maíz y la manioca, y ello con particularidades botánicas que revelan evoluciones o adaptaciones independientes (el radio mayor de aclimatación del maíz respecto de las plantas domesticadas del Antiguo Mundo (Spinden); el grado superior de desarrollo o alejamiento de los tipos silvestres en ciertas especies vegetales americanas; la mejor calidad del algodón americano, etc.); si los mismos animales domésticos, a excepción quizá del perro, difieren aquende y allende los océanos; ganados vacuno, caballar, ovino, mular, porcino, aves de corral, y guanaco, llama, vicuña, guajolote; si descontando el bagaje intelectual y material común a

toda la humanidad neolítica (conocimiento del fuego, hachas talladas y pulidas, etc.), carece la América precolombina de concepciones como la rueda, motor tan poderoso y decisivo en el desenvolvimiento cultural, y careció de inventos del valor de la escritura fonética y el manejo de los metales industriales... todo esto, a las claras, atestigua un desarrollo divergente de la civilización, a partir del neolítico original. Y resultan entonces aislados, esporádicos, sin mayor consecuencia, los contactos accidentales que por uno u otro rumbo hubieron en diversas épocas de efectuarse. Y quedan reducidas a cuentos chinos, a temas literarios, a leyendas infantiles, las elucubraciones de toda especie que constantemente surgen en la prensa y en el libro, versando ora sobre semejanzas arquitectónicas entre Egipto, Asiria y México; bien sobre analogías léxicas (el doctor Salas, de Venezuela, entre otros muchos); ora viajes en balsas, a favor de tal o cual corriente marítima; bien en lo que respecta a bases totémicas de la organización social, con clanes sujetos a tal o cual tipo de relaciones matrimoniales... afinidades, estas últimas y otras más que pudieran citarse, todas a perfección explicables dentro de la unidad fundamental del espíritu humano.

"No. La célebre fórmula "América,

de los americanos y para los americanos", ya a este propósito resucitada por Seler, asume un valor incontrastable frente al gran problema. La civilización desarrollóse divergentemente en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, a partir de una época que, con cierto margen de amplitud, pudiera situarse entre el quinto y el octavo o décimo milenio antes de Jesucristo, tiempo verosímil (Spinden) de la diseminación del hombre neolítico por las vastas extensiones del planeta.

"Allende los mares produjo las maravillas que todos conocemos, y de este lado del océano culminó en la astronomía y el calendario mayas, creación eminentemente original.

"Admitiendo, pues, lo expuesto, convengamos en que las manifestaciones elevadas de cultura en América fueron obra del esfuerzo humano que se desplegó dentro de las fronteras del mismo continente, ya que, a su arribo, no contaba con más bagaje intelectual y material que el del horizonte neolítico.

"Una vez más debe repetirse, en consecuencia, este aserto con visos de perfecta evidencia: las civilizaciones del Nuevo Mundo, y especialmente la maya, son autóctonas. Son americanas..."